

Los Mil Años, Una Cifra Simbólica

Por Loraine Boettner

A medida que leemos el libro de Apocalipsis encontramos expresiones figurativas o simbólicas por todas partes. Las iglesias son simbolizadas por medio de siete candeleros de oro. Los siete espíritus delante del trono se usan para simbolizar la plenitud del Espíritu Santo. Leemos del Cordero que tiene siete cuernos. No esperamos ver un cordero literal, ni siete cuernos literales, pero sabemos que esto simboliza la plenitud del poder de Cristo. Doce es el número de la Iglesia, y cada vez que se menciona la Iglesia tenemos este número o su múltiplo – doce apóstoles, veinticuatro ancianos, o la totalidad del pueblo de Dios simbolizado por el número 144,000. En la Biblia el número diez equivale a totales redondos. Así tenemos la ley moral resumida en los diez mandamientos. Las diez plagas de Egipto, cada una dirigida contra un dios adorado por los egipcios, mostraban la completa superioridad del Dios de los hebreos por sobre los dioses de Egipto. En el Tabernáculo, el Lugar Santísimo, el lugar donde Dios manifestaba Su presencia, tenía diez codos de largo, diez codos de ancho y diez codos de altura. El cubo, con todos sus lados iguales, simboliza la perfección. Mil es el cubo de diez, y simboliza la inmensidad de número o tiempo. En el Salmo 50:10 la expresión “el ganado de mil colinas” no significa que sólo el ganado de mil colinas le pertenece al Señor sino que todo el ganado de todas las colinas del mundo es Suyo. Cuando el Señor le dijo a Pedro que perdonara a su hermano no siete veces, sino setenta veces siete (Mateo 18:22), no quiso decir 490 veces, sino que debía perdonarle tantas veces como sinceramente pidiera ser perdonado. La Nueva Jerusalén, de la cual leemos en Apocalipsis 21, se describe como una ciudad con la forma de un cubo, 12,000 estadios (1,500 millas) en sus bordes, una cifra que simboliza perfección, grandeza e inmensidad. “La longitud, la altura y la anchura de ella son iguales,” dice Juan. La ciudad estaba rodeada por un muro de 144 codos de alto (12 al cuadrado), o 216 pies, que para la gente para la cual Juan escribió simbolizaría una seguridad absoluta. Ni la forma ni las dimensiones de la ciudad pueden tomarse con precisión matemática, como si fuera un gigantesco edificio de apartamentos.

En Apocalipsis 20 no entendemos que Juan escriba de un dragón literal, o de una serpiente literal. Tampoco le interpretamos como diciendo que el ángel tenga una llave literal o una cadena literal en su mano con la cual ata al Diablo. Es bastante claro que los “mil años” no han de entenderse como una medida exacta de tiempo sino más bien como un número simbólico. La aritmética estricta no tiene aquí lugar. El término es una expresión figurativa, indicando un período de tiempo indefinidamente largo, un número completo y perfecto de años, probablemente no menos que mil años literales, y con mucha probabilidad mucho más extenso. Sin embargo, es un período definidamente limitado, durante el cual suceden ciertos eventos, y después del cual otros eventos han de seguir. Con respecto a este simbolismo de los números dice el Dr. Warfield:

“Es bastante seguro que el número 1000 representa, en el simbolismo de la Biblia, la absoluta perfección y el sentido de plenitud; y que el simbolismo de la Biblia también incluye el uso de un período de tiempo con el objeto de expresar la idea de grandeza, en conexión con lo que es completo y pleno. Apenas puede ser necesario insistir aquí otra vez

en el uso simbólico de los números en el Apocalipsis y en la necesidad impuesta sobre el intérprete de tratarlos de manera consistente no meramente como símbolos sino como expresando ideas definidas. Ellos constituyen un lenguaje, y como cualquier otro lenguaje pueden resultar engañosos a menos que sean tomados como poseyendo un propósito y que sean leídos como expresiones de ideas definidas. Cuando el observador dice siete, o cuatro, o tres o diez, no nombra estos números al azar sino que expresa, con cada uno de ellos, una noción específica. El sagrado número *siete* en combinación el número *tres*, igualmente sagrado, forma el número de la santa perfección, diez, y cuando este diez es elevado al cubo y se convierte en mil el observador ha dicho todo lo que podía decir para transmitir la idea a nuestras mentes de la plenitud absoluta. Ezequiel 39:9 provee un ejemplo. Allí la plenitud de la conquista de Israel sobre sus enemigos se expresa diciendo que se necesitarán siete años para quemar los escombros de la batalla: “Saldrán,” leemos, “y encenderán y quemarán armas, escudos, paveses, arcos y saetas, dardos de mano y lanzas; y los quemarán en el fuego por siete años.” Es absurdo suponer que lo que se tiene en mente es que las llamas realmente durarán siete años. Lo que tenemos aquí es solamente una hipérbole para indicar la grandeza de la masa que ha de consumirse y la plenitud del consumo. Un uso algo similar de una frase de tiempo para expresar la idea de grandeza se encuentra en el versículo doce del mismo capítulo, donde, después de la derrota de Gog y ‘de toda su multitud,’ se dice, ‘y la casa de Israel los estará enterrando por siete meses, para limpiar la tierra.’ Es decir, la multitud de muertos es tan grande que, por vía de hipérbole, se dice que su entierro durará siete meses. El número siete empleado por Ezequiel en este pasaje es reemplazado por el número *mil* en nuestro actual pasaje, con el efecto de realzar grandemente la idea de grandeza y de plenitud que se transmite. Cuando se dice que los santos viven y reinan con Cristo mil años la idea que se tiene en mente es la de una exaltación, seguridad y bendición inconcebible, más allá de la capacidad de expresión del lenguaje ordinario” (Artículo, *El Milenio y el Apocalipsis*, reimpresso en *Doctrinas Bíblicas*, p. 654.)

De igual manera, el Dr. Abraham Kuyper dice: “Las cantidades y los indicios de las personas que aparecen en este libro no son cifras reales sino números figurativos. Había más de siete iglesias en Asia Menor. No debemos tomar el número 144,000 como si fuese el número de un hombre, de aquellos que fueron salvos primero. Los 1,600 estadios de la corriente de sangre que llega hasta las bridas de los caballos no es una designación geográfica. Todas estas cantidades han de entenderse simbólicamente” (Artículo, *Milenialismo o Premilenialismo*, p. 28.)

El hecho de que Calvino interpretó los “mil años” de manera figurativa es algo que está más allá de toda duda. Descarta la idea con una breve referencia:

“No mucho después surgieron los milenarios, quienes limitaron el reinado de Cristo a mil años. Su ficción es demasiado pueril para merecer una refutación” (*Institución*, Libro III; Cap. 25; Sec. 5.)

Sin embargo, debiésemos señalar que en Apocalipsis 20 los “mil años” de los versículos 1 al 3 y los “mil años” de los versículos 4 al 6 no se relacionan con la misma cosa. El Milenio de los versículos 1 al 3 se relaciona con un período del futuro de la tierra, tiempo durante el cual el Diablo es atado para que no pueda engañar más a las naciones. El Milenio

de los versículos 4 al 6, tiempo durante el cual las almas “de aquellos que fueron decapitados por causa del testimonio de Jesús y por la palabra de Dios,” quienes viven y reinan con Cristo, se relaciona con el estado intermedio, y cubre, para cada alma individual, aquel período entre la muerte y la resurrección. Que estas “almas” que están viviendo y reinando con Cristo se hallan en el estado intermedio se indica: (1) por el hecho de que Juan los vio como “almas,” no como personas con cuerpos; (2) por el hecho de que son contrastados con un segundo grupo, “los otros muertos” (versículo 5), de modo que ambos grupos deben identificarse con los muertos – aquellos que han muerto en el Señor, de lo que habla Apocalipsis 14:13, y aquellos que han muerto en sus pecados y quienes, por lo tanto, no tienen parte en el reinado intermedio con Cristo; y (3) por el contraste entre la expresión, “la primera resurrección,” y otra expresión figurativa, “la segunda muerte” (versículo 14.) Nadie entiende literalmente este último término, como aplicándose a una segunda muerte física. Ha sido entendida comúnmente como refiriéndose al castigo eterno de los malvados. De igual manera, “la primera resurrección” es una expresión figurativa, y este evento (la vida en el estado intermedio) se llama así para distinguirlo de la resurrección del cuerpo que sucede más tarde. Sin embargo, algunos entienden “la primera resurrección” para referirse a la regeneración del alma, es decir, al nuevo nacimiento del creyente, el cual es seguido por un período de santificación en esta vida y se ve coronado al ser llevado al cielo para reinar con Cristo durante el período entre la muerte y la resurrección. En cualquier caso los “mil años” han de entenderse simbólicamente, como relacionándose con un período de tiempo indefinidamente largo. Para los santos del Antiguo Testamento y para aquellos que murieron en la primera parte de la era cristiana este reinado ya se ha estado dando por mucho más tiempo que mil años literales.

Traducción de Donald Herrera Terán, para www.contra-mundum.org